

## Mil quinientos Km para ver una corza

---

Uno, formado en la escuela de caza del jabalí norteña, esto es, cazando en ganchos y con perros de rastro tenía curiosidad por conocer de primera mano eso de la famosa montería. Y mira por cuanto un amigo de Cáceres que me había enviado algunas fotos de buenos ejemplares cazados por él para publicar en mi página web, me ofreció la oportunidad de asistir a una montería que hacían en una finca propiedad de su padre llamada Los Ángeles situada en Peraleda de San Román al lado del embalse de Valdecañas en la provincia extremeña.

Hacía tiempo que Ricardo Ruiz de la revista Cazadores en Córdoba me había ofrecido una invitación para asistir a una montería cosa que agradecí pero no acepté básicamente por la pereza que me daba desplazarme a tal distancia y de lo cual me arrepentí muchas veces por lo que ahora al presentarse la ocasión de sacarme la espina aunque fuera pagando, acepté. Además tampoco era tanto, 200 euros.

Mucho se oye de la avaricia y engaño de monterías que organizan orgánicas sin corazón pero teniendo en cuenta la procedencia de la información me ofreció suficiente confianza como para organizar la excursión. Llamé a Jaime mi compañero de caza a ver si se animaba pero no le convenía por circunstancias y luego a Enrique con el que he compartido cacerías y siempre me ha demostrado su buen hacer de cazador para ver si se animaba ya que habíamos comentado que tal posibilidad se diera. Aceptó y ya no hice ninguna gestión más pues para ser un experimento ya seríamos bastantes los dos.

Hicimos la reserva con el pago adelantado de 60 euros y reservamos habitaciones en el parador para dos días previendo que al terminar la cacería no nos apetecería meternos en el coche para recorrer los 700 Km. de vuelta. Acordamos también hacer el viaje en su coche que al ser todo-terreno se adaptaba más para este menester.

El viaje hasta Bohonal de Ibor, el parador en el que habíamos quedado para hospedarnos, en se hizo corto y agradable ya que fue ocasión para explayarnos en algo que a Enrique y a mi nos gusta: la caza. Y eso que fue la niebla nuestro acompañante en casi todo el trayecto lo que nos impidió gozar del bonito paisaje de la dehesa salmantina y extremeña.



Después de dejar los bártulos en la habitación y ponerme en contacto con Ángel, mi amigo de internet y organizador de la montería, bajamos al bar quedando en que llegaría en un rato puesto que ahora estaba en la finca repasando los últimos detalles.

El parador es el principal edificio del pueblo, muy chiquito, y está bien, es limpio y no mal de precio. Creo que está orientado a visitas con buen tiempo que se realicen en torno al embalse pero sobretodo para los monteros que vengan de fuera ya que parece que son varias las fincas, abiertas y cerradas, por los alrededores que se dedican a dar monterías.

Y ahí estábamos cuando llegó un grupo de cazadores franceses alegres y alborotadores que resultó que también iban a ser compañeros cinegéticos.



Llegaron mis amigos y pudimos ver, ya en persona, a los que habíamos conocido por Internet. Muy agradables nos comentaban que habían visto mucha caza y a algún que otro ciervo de muy buen porte lo que nos llenó de expectativas que, por lo que habíamos leído y visto en documentales, ya eran bastante abultadas.

Los franceses que, según parece, conocían de anteriores ocasiones a los anfitriones se saludaron efusivamente y como era ya un poco tarde se sentaron a cenar invitándonos a su mesa a Enrique y a mi.

Buena mesa, buen vino (incluso uno de los franceses era bodeguero y tría botellas propias) y buen ambiente ya que los franceses resultaron unos compañeros muy divertidos y grandes cazadores que no hacían más que enseñarnos fotos de tremendos venados que habían abatido en su tierra.



La animación subía cada vez más y en nuestra imaginación ya estábamos pensando en cómo arreglárnoslas para meter tantos trofeos en el coche. Por si teníamos alguna duda Ángel, el hijo del dueño de la finca, nos dijo que si nos quedábamos el domingo por la mañana saldríamos a conocer mejor la finca y que si veíamos algún buen venado lo abatiríamos ya que disponía de precintos. Como el ofrecimiento salió de él de forma espontanea había que creerle.

Hartos de jamón y embutidos de la tierra además de ensalada, gambas, torta del casar y varios etc. bien regados con vino y rematados por algún chupito nos fuimos a dormir pasada la medianoche soñando con lances emocionantes y con el despertador puesto para que nos diera tiempo de tomar un pequeño desayuno y aparecer en el lugar donde se realizaría el sorteo de los puestos sobre las nueve de la mañana y situado a unos dos o tres kilómetros del parador. No se si serían las copas que me hicieron ver espejismos pero creo que los franceses tenían su sobre con el puesto asignado y yo que venía de fuera no entendía muy bien eso de saber los puestos antes del sorteo

Y llegó el día esperado! Enrique y yo habíamos quedado en la cafetería a las nueve menos cuarto y allí estábamos a la hora convenida convenientemente equipados para la montería y listos para tomar un desayuno que nos despertara y que liquidamos en un decir "Jesús". Pusimos rifles y pertrechos en el coche y partimos hacia el lugar del sorteo situado en Peraleda de San Román un pequeño pueblo agrupado en torno a la carretera.



Los coches todoterreno nos indicaron donde estaba el bar de la cita que era un edificio cuadrado de unos 10 metros de lado con una planta en la que se ubicaba el bar y desde el que se accedía bajando una escalera a un semisótano que era el lugar donde se montaban unos largos tableros sobre caballetes para formar las mesas con sus correspondientes sillas de plástico, donde se servirían migas y comida

En la planta del bar y a la entrada, los organizadores habían preparado una mesa en la que estaban cinco personas. El que verificaba a los que iban a participar en la montería según la lista de las personas que habían hecho la reserva, los que iban a colocar y que disponían de un impreso donde apuntaban a los que llevarían al puesto, y la novia de Ángel.

Los asistentes se iban acercando a medida que se les llamaba, pagaban y sacaban un sobre de la caja. En el sobre constaba la armada, el puesto y el nombre del postor o persona que le colocaría en el sitio. Total 65 puestos. Por ejemplo a mi me toco:



TRAVIESA: Camino del castillo, puesto 17 y me colocaría Jesús.

Cada armada o línea de puestos, manteniendo la tradición montera, tiene un nombre "Camino del castillo" etc., pudiendo ser de dos clases "TRAVIESAS" y de "CIERRE" según que cierran la mancha a cazar o están dentro o sea "atraviesan" la mancha.

Eran las diez y media de la mañana y aún no habíamos entrado a cazar. ¿Qué falta? Las migas, que nos vean, los chupitos, qué se yo. Asignado el puesto por sorteo y saldada la deuda nos unimos a los compañeros y bajamos a por las famosas migas a las que añaden algún trozo de chorizo y panceta más un poco de vino para pasarlas, claro está.

Y ya por fin cerca de la doce de la mañana se hace un llamamiento general para repasar las normas de la montería advirtiendonos de que hay algunas vacas bravas en el monte que no se han sacado lo que no se a ciencia cierta si me hace gracia o me toca las narices. También se nos advierte que los únicos que pueden tirar a las ciervas, "pepas" que llaman aquí, son los que están en las "traviesas" pero solo a las viejas o deterioradas. Asimismo nos comentan que despues de la montería hay una vaquilla para los que la quieran torear y si hay un valiente que la mate se lleva el trofeo. Las reses abatidas tambien se expondrán allí al lado.

Por fin los que van a colocar las líneas de puestos llaman a los monteros de su línea y forman la caravana correspondiente de coches todoterreno.

Ya salimos y voy en un impresionante Mercedes de Iñaki que resulta que es vasco aunque, así al verle, uno no le hubiera emparejado ni con el Mercedes ni con Euskadi. Es agradable y simpático contándonos que estuvo veinte años viajando por los países del Este como camionero.

A medida que llegamos al puesto Jesús, que es el que nos coloca, va dejando a los monteros en el sitio que les corresponde, marcado previamente con una pequeña tira de plástico atada a una rama para que se pueda ver fácilmente.

El camino de tierra por el que vamos, bastante maltratado por el agua, discurre por un terreno desigual aunque no muy abrupto donde sobre prados en el que se nota el año de abundancia de agua y la existencia de ganado pastando, son las escobas, que allí llaman jaras, las que le dan la personalidad ya que son las que más abundan. Aquí y allí aparecen las encinas típicas de la dehesa pero sin mucha densidad. La existencia de ganado se manifiesta también por las muchas alambradas existentes.



Como es lógico los puestos que se iban ocupando eran mejores y peores pero en general su apariencia era de ser querenciosos y apropiados y en la travesía que me tocó en suerte, la del “Camino del Castillo” me parecieron todos correctos. Solo me quedó por ver el último que fue el que ocupó Jesús que nos había colocado. Mi puesto, el 17, estaba en el fondo de una amplia hoya donde al socaire de una

roca de dos metros dominaba el paso natural de la caza. En lo alto, a mi espalda, y a no más de 80 metros por la empinada cuesta, una casa con algún resto de edificación antigua al lado y que imagino da el nombre a la travesía que ocupamos. No me pareció un sitio especialmente de paso o querencioso pero el estar en medio de la mancha sí esperaba ver animales si los perros movían caza.

Ya situado en el puesto y preparado aparece un grupo de cazadores, con los acompañantes de rigor, que cargados con sus respectivos rifles y pertrechos van apresurados, callados y sudorosos en sentido contrario al que hemos recorrido para colocarnos. Supongo que será otra travesía.

Se inician los primeros tiros y se oyen los perros ladrando al tiempo que los gritos y trompetillas de los perreros que empujan y sirven de referencia a los canes. Soy todo nervios y mis esfuerzos se centran en serenarme a base de respiración abdominal. Listo el rifle y una pequeña duda sobre si la munición Barnes de 180 grains que llevo será adecuada. Pero si ya está probada! Y va bien!



- -Vamos Daniel relájate que ya oigo llegar por arriba a los perros! Qué nerviosismo!

Algunos tiros cercanos espaciados me instan a ponerme aún más en guardia de lo que estoy. Ya están apareciendo los perros y algún perrero vocinglero pero de cochinos o venados.... nada! Me fijo en los perros. Hay un sabueso en la rehala lo que me llama la atención y que es el que parece que busca algo pero que cede al poder de la manada dejándose arrastrar. El resto de los perros, escepto alguno, pasean y no buscan caza aunque sea a vista. Simplemente pasan por el camino más fácil. Pasan en manada una vez y despues solo alguno despistado pasaba con la lengua fuera por el camino como perdido buscando a su manada.

Un animal que parece una “pepa” se acerca por la ladera de enfrente de forma sigilosa. Viene sola, que raro! Aparece y desaparece y decido que va a pagar los platos rotos pues llevo ya mucho tiempo y no he visto nada. Aparece a unos cuarenta metros. Es una corza marron de grandes orejas. Me quedo inmovil y se viene hacia mi hasta casi atropellarme. Me muevo ligeramente y salta sin demasiada convicción desapareciendo. Me llama la atención el color pues en el norte el color de los corzos en esta época es claramente gris.

Y ya no hay más que contar de “mi” cacería.

A eso de las tres vuelven los cazadores de la otra traviesa. No hay mucha euforia, más bien ninguna. Entendiendo que se acabó la montería cojo el coche que por ser el último puesto me habían dejado y tomo el camino de vuelta para hacer la tarea inversa de la colocación de los puestos. En el camino encuentro que están trasladando las reses muertas a un remolque ya que el tractor de la carne se ha atascado. Un jabalí de unos 50 kilos y tres o cuatro ciervas con unos boquetes tremendos.



Encuentros y comentarios. Uno explicaba que le habían aparecido las vacas y que se tuvo que situar al lado de una chaparra preparado para subirse ya que una se había fijado en él. Parece que disparó y no sé si mato un cochino. Más adelante el taxidermista me dijo que mató dos cochinos de dos tiros ...y poco más pero mucho menos de lo que yo pensaba que debían ser los resultados de una “traviesa”.

Ya vamos hacia el bar y me llama Enrique para preguntarme que tal me fue. Le cuento y también le pregunto. Malas noticias: se mató un jabalí en seis puestos después de nueve tiros. Se vio alguna “pepa” pero como eran “cierre” no pudieron tirar. Me decía que esos seis puestos se podían cubrir con cuatro perfectamente.

Al llegar me encuentro con Enrique que me señala un macho de dos años que está en un remolque. No vale mucho pero es un macho. Miramos a ver si hay más reses pero no encontramos ninguna más así que paso los bártulos a su coche y nos vamos hacia el bar a dar

cuenta de la comida que ofrece la organización. Bajamos la escalera y nos sentamos a la mesa con cuidado de no resbalar en un suelo peligroso. Una sopa de cocido nos anima un poco seguida de los consabidos garbanzos. El apetito adereza el plato que nos sabe estupendamente.



Una cosa que nos llama la atención es la poca euforia de los cazadores dándonos malas sensaciones pues este es el momento de los comentarios, de la alegría, de compartir con el compañero. Nada, comen y salen disparados.

Tenemos curiosidad por saber los resultados de la montería así que después de un buen rato ya comidos y empezando a anochecer nos dirigimos por la carretera hacia donde nos habían indicado estaría la "junta de carne" donde veríamos las reses abatidas. Por dos veces pasamos por donde teóricamente estaba dicha junta (creo que no había pérdida) pero allí no se veía a nadie ni a ningún coche por lo que seguimos hacia el parador.

En el bar del parador encontramos a Iñaki, el del mercedes, y al taxidermista con algún acompañante más. Preguntamos si sabían los resultados y nos informaron que 30 jabalís y 30 venados (el lunes día 17 me llamó Ángel y me dio como resultados 38 jabalís, 4 venados y 8 pepas). Nos retiramos a la habitación quedando en el bar hacia las 9 de la noche donde nos plantearíamos qué hacer.

En el bar tomando un te para dejar descansar un poco al estómago nos encontramos con dos franceses que nos dicen que abatieron un buen venado.



Esperamos la llamada de Ángel para la prometida visita a la finca al día siguiente pero esta no se produce así que, con sensaciones cazadoras no muy buenas, nos retiramos a descansar con la idea de partir a primera hora rumbo a nuestra añorada tierra donde las cosas valen por lo que son sin necesidad de adornarlas y las promesas cumplidas definen a los hombres.

*Daniel Quintana*